

*Cultivos y herramientas.
Antropografías campesinas
de la economía moral mediterránea*

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD
(Universidad de Granada). Centro de Investigaciones Etnológicas
"Ángel Ganivet" (Diputación Provincial de Granada)

Los dos estudios de caso que presentamos constituyen dos investigaciones separadas en antropología económica. Fueron concebidas conceptualmente de forma separada. Como trabajos de encargo debo el empuje inicial para su realización a dos buenos amigos, el profesor Antonio Malpica Cuello, arqueólogo medievalista, y el profesor Manuel González de Molina, historiador ruralista, ambos de la Universidad de Granada. Por mi parte nunca antes había trabajado en un asunto directamente relacionado con la economía agraria.

Al poner los dos estudios, en su versión original extensa, en contigüidad observé una similitud estructural. De un lado, el campesino de un medio de montaña mediterránea aparecía en toda su sabiduría, inserto en una "economía moral", cuyas primeras formulaciones habría que rastrearlas en el mundo griego y romano, en Aristóteles, Varrón o Columela. Su economía está regida por la moral de la supervivencia en un medio donde los bienes son limitados, y es más que necesaria la multifuncionalidad de la producción (Thompson, 1995). De otra parte, los cultivos y las herramientas exigen en esa situación una comprensión a niveles microsociales.

Todos los componentes de la cultura montañesa mediterránea aparecen en escena en los dos casos: ethos, producción, técnicas, reproducción, determinantes demográficos y geográficos, etc. Se habla de una montaña sabia que conquista a las áreas llanas. Es una tesis seductora a la que hay que añadir nuevos estudios de casos. Nuestra aportación incorpora nuevos datos a esa tesis. Empero, la sabiduría montañesa deriva de adaptaciones multifuncionales regidas por una resistencia estructural; la que le proporciona la propia montaña al campesino. Lejos van a quedar las apreciaciones sobre su supuesto subdesarrollo en materia de cultura económica y agraria.

Las explicaciones termodinámicas y orgánicas de los ecólogos conectaron finalmente con nuestros ejemplos etnográficos. Es en definitiva el hilo que nos permite ponerlos en conexión.

1. EXTINCIÓN Y SUSTITUCIÓN DE CULTIVOS EN UN VALLE DE LA MONTAÑA MEDITERRÁNEA. RAZÓN HUMANA ¹

I.1.—El primer caso de estudio está centrado en el área circundante al municipio de Almuñécar, en la provincia de Granada. Comarca habitada en período invernal por 20.000 habitantes, cuyo número se multiplica hasta 100.000 en época estival. Su modo de vida depende en la actualidad del turismo y la agricultura de productos subtropicales —aguacate y chirimoyo principalmente—. En el pasado dependió de la agricultura orientada hacia el consumo local, e industrialmente del cultivo de la caña de azúcar.

Llamamos tierras de Río Verde al núcleo de esta comarca, más en concreto a lo que la promoción turística llamó “valle tropical” desde principios de los años sesenta. Un río, el Verde, baja desde el cortijo de Cázulas, e irriga las vegas de tres pueblos, por este orden: Otívar, Jete y Almuñécar. Desde el punto de vista de la explotación agrícola estas tierras fácilmente irrigables, contiguas al lecho del río, fueron de las más feraces en el cultivo de la caña de azúcar ².

Tanto en Otívar, como en Jete, y ante todo en Almuñécar, existieron fábricas de mayor o menor emvergadura, donde la caña era molida y transformada. Los ingenios más pequeños —fundamentalmente los de Jete y Otívar—, dada su escasa capacidad productiva, se consagraron a la fabricación de miel; las mayores fábricas, las de Almuñécar, a la del azúcar.

El geógrafo Mignon, mediados los años setenta, expuso algunas de las razones para la decadencia de la caña, y sobre todas ellas destacó la debilidad del conjunto agrario-fabril comarcal que presentó como “esclerótico”. Su razón aparecía estructural: “La pulverización de la explotaciones agrícolas. [...] Se recordará solamente que en la vega de Motril, 91,5% de los ‘cañeros’ cultivan menos de 2 Ha, y que la mayoría de ellos disponen de tenencias inferiores a 0,50 hectáreas” (Mignon, 1982:490). Añade adecuadamente: “Este fraccionamiento extremo del paisaje agrario es, en efecto, la expresión de un modo de cultivo de jardinería”. De partida, pues, tenemos un cultivo casi monopolístico, propio de grandes extensiones por su carácter industrial, empero cultivado en pequeñas propiedades casi de jardinería. Si tomamos en consideración que el valle de Río Verde es más estrecho sobre todo a la altura de Jete y Otívar, que la vega de Motril, a la que se refiere Mignon en sus argumentos, y que la presión demográfica es más alta en el primero, podremos entender el carácter de “jardinería” del cultivo de la caña en aquel valle. Reconociendo el valor empírico de la obra de Mignon, sin embargo, no podemos estar de acuerdo en la más profunda orientación del geógrafo, la que presenta a los agricultores de la montaña mediterránea, tal que prisioneros del círculo vicioso de la pobreza.

¹ Parte de estos argumentos fueron expuestos en el VI Seminario Internacional de la Caña de Azúcar, celebrado en Motril (Granada), en septiembre de 1994.

² La caña de azúcar fue introducida por los árabes en el Mediterráneo procedente del Sudeste asiático, encontrando las condiciones idóneas de reproducción, desde el punto de vista hídrico y climático, en nuestra zona de estudio (Malpica, 1988).

Desde la antropología miramos hacia una de las aseveraciones más brillantes de Lévi-Strauss: las sociedades “frías”, alejadas del progreso histórico, no avanzan, no porque no puedan, sino porque no quieren. La pobreza de la montaña mediterránea, acaso deberá ser contemplada bajo otro prisma que el de la antesala de la marginalidad.

Retrotraigámonos históricamente. El cultivo de jardinería en la lógica de Columela, recordada por L. Bolens para el Al-Andalus medieval, tenía un valor normativo no sólo económico, sino igualmente *moral*. Concluía Columela sobre los problemas del campo romano: “No pienso que nos han sucedido estas cosas por la intemperie del aire, sino más bien por culpa nuestra; pues hemos dejado el cultivo de nuestras tierras a cargo de lo peor de nuestros esclavos, como si fueran un verdugo que las castigara por delitos que hubieran cometido, siendo así que nuestros antepasados, cuanto mejores fueron ellos, tanto mejor las trataron” (Columela, 1959, I:3). Sustituyamos “esclavos” por la agricultura expansiva, de la que se muestra partidario Mignon, y que considera ausente de estos campos, para entender fácilmente, que la sustitución de un cultivo, cuando el primero es grandemente moral por ser de “jardinería”, se puede presentar “a priori” como una auténtica ruptura cultural y moral.

De otra parte la salud física de los habitantes del valle de Río Verde, si hubiéramos de recurrir al tratado sobre las aguas, los vientos y los lugares de Hipócrates, sería la adecuada por la bondad climática del mismo, ya que coincide en buena medida con lo señalado por él como ideal: “Aquellas (tierras) —escribe— que están expuestas al Oriente, naturalmente son más salubres que aquellas que están expuestas al Norte o al Mediodía, cuando la distancia no sea mayor de un estadio. En principio, el calor y el frío son allí más moderados; seguidamente las aguas cuyas fuentes miran al Oriente son necesariamente límpidas, de buen olor, blandas y agradables, porque el sol, al salir, las corrige, disipando con sus rayos la bruma que ordinariamente ocupa la atmósfera desde la mañana” (Hipócrates: II, 5, 25). Es en buena medida la impresión que percibe el viajero al introducirse por estos lugares ásperos, verdes y cristalinos a la vez. Una impresión estética no exenta de repercusiones antropológicas.

Si hasta hace pocos años el concepto de modo de producción parecía el adecuado para analizar la estructura segunda que determinaba un paisaje agrario, hoy, tras el descrédito de las macroteorías sobre los modos de producción, la polémica por parte de ecólogos y ruralistas parece llevarse al terreno de la *economía moral*, de la interrelación entre el empleo de los recursos y el comportamiento social y cultural a que dan lugar. Hacia allá orientamos nuestro discurso.

I.2.—Dentro de la escasa, cuando no nula, documentación contemporánea sobre la caña, contenida en el Archivo municipal de Almuñécar, existen dos documentos muy completos en los que se aborda la posible desaparición de la caña y de las fábricas azucareras de la localidad, en particular de la mayor: la Azucarera “La Encarnación”. El primer documento es un informe del alcalde de Almuñécar, sin fechar, pero que por su contenido hemos de atribuir a la primavera de 1936, recién triunfante el Frente Popular. Plantea el pleito que la

población sostiene con la Sociedad General Azucarera de España, y que retrotrae hasta 1915, por evitar el desmantelamiento de la Azucarera "La Encarnación". Un nuevo conflicto surge en 1933, momento en que la S.G.A.E. decide mantener cerrada la fábrica para la campaña de 1934 arguyendo deficiencias técnicas en la maquinaria de la misma; a los cultivadores se les ofrece la siguiente solución: "La desaparición paulatina del insustituible cultivo y la molienda en el período de transición por las fábricas de Motril y Salobreña, siendo de cuenta del cultivador los gastos de transporte, lo que prácticamente equivalía a decretar a la muerte inmediata de dicho cultivo"³.

Las consecuencias sociales de la crisis desatada por el cierre de la fábrica son relatadas con tragicidad: "Los labradores desorientados no aciertan a dar con el fruto sustitutivo, las tierras de la vega no han sido labradas, los obreros del campo han carecido de los jornales necesarios, los del ramo industrial permanecen en absoluta forzosa desocupación y la población en general sufriendo los efectos de la falta de circulación de más de un millón de pesetas que representan los jornales no devengados y la diferencia de precio entre el percibido de 42 céntimos arroba y el que hubiera correspondido de haberse efectuado en ésta la fabricación". Se adjudica, pues, a la fabricación en otras poblaciones la reducción de beneficios locales, aunque estos aumenten para la S.G.A.E. A ello añaden que para la próxima cosecha de 1937 en Motril y Salobreña se ha sembrado casi toda su vega de cañas, y que sus fábricas consumirán lógicamente en primer lugar la caña cercana, perjudicando gravemente a Almuñécar. No contemplan más posible salida que la reapertura, acaso socializada por cultivadores y obreros, de la fábrica de "La Encarnación". De hecho en marzo de 1936 se tiene que llegar a un acuerdo entre los representantes obreros y los de las fábricas de Motril y Salobreña sobre la arriería, convertido ahora el transporte en el principal problema para la rentabilización de la caña.

Como en tantos otros casos de cultivos hegemónicos o de monocultivos, el cambio de régimen político no propiciará el fin del conflicto. La S.G.A.E. apeleará al patriotismo para desmantelar como chatarra la fábrica y poderla vender para satisfacer las necesidades de la guerra civil. Sin embargo, la fábrica ha reanudado su actividad en 1937 bajo la tutela directa de la Jefatura Provincial de Falange, si bien al año siguiente vuelve a parar. En agosto de ese mismo año los alcaldes de Jete, Otívar, Almuñécar y del anejo de la Herradura arguyen colectivamente ante el Ministro de Industria y Comercio del Gobierno de Burgos: "Este cultivo[la caña] ha constituido la base de la producción agrícola de nuestros terrenos de regadíos constituyendo por tradición y por su naturaleza el fruto regulador de nuestra economía. Y no es que neguemos la posibilidad de otros cultivos como la patata, el tomate, los cereales; pero es que estos sólo pueden efectuarse en pequeña escala; pues los dos primeros por los riegos de su forzado cultivo y por las circunstancias de los mercados, si unos años proporcionan buenos rendimientos en otros los más las pérdidas alcanzan incluso la totalidad de los gastos que son bastante elevados para su producción. Tales

³ Archivo Municipal de Almuñécar. Leg. 9. Docum. 1.

años si todos los regadíos estuviesen sembrados de patatas o tomates la ruina alcanzaría proporciones de catástrofe. En cuanto a los cereales, éstos sólo se pueden considerar cultivo circunstancial en tierras gravadas con una tributación que exige otras producciones más remuneratorias. Por eso decimos antes que la caña de azúcar es el fruto regulador de nuestra economía ya que con la relativa seguridad de un beneficio modesto permite que puede destinarse una parte proporcional de las vegas a aquellos otros cultivos arriesgados, sin que la pérdida tan frecuente de éstos represente una ruina total y a la vez sin tener que resignarse al cultivo de los cereales". Los argumentos del informe son bien elocuentes.

En el término de Jete, la producción agrícola presenta entre los años 1936 y 1939 las características de "jardinería" ya señaladas. Por un informe municipal conocemos las cifras de su producción: en el año de 1936/37 en cultivos de otoño se dedicaron tres has. al maíz, cuatro a las habichuelas, siete al trigo, tres a las hortalizas, ocho a la cebada, y en los de primavera doce hectáreas a la caña de azúcar, cuatro a las habichuelas, dos a las patatas, tres a las hortalizas y cuatro al maíz. En definitiva una agricultura de subsistencia, con predominio en las zonas de vega de la caña de azúcar.

Dentro de la política cerealista de los primeros gobiernos de Franco se insta a los ayuntamientos de la comarca a incrementar los cultivos de cereales, y en ese extremo, a pesar de las duras condiciones políticas de la época, se pone en funcionamiento una larvada resistencia campesina, que el alcalde de Jete expone laberínticamente en los siguientes términos: "Se hace constar que la Junta [agrícola] no actúa por no ser necesario, ya que espontáneamente todos los labradores intensifican los cultivos y no se queda sin sembrar ningún predio del término. Que la mayoría del término municipal está dedicado a plantas de almendros, naranjos y otros frutales. [...] Que en este término en el presente año agrícola no se puede intensificar el cultivo del trigo, por no estar las tierras adaptadas". Resulta evidente que las áreas de cultivo de "jardinería" resisten y se resisten a establecer un nexo causal directo con las coyunturas económicas y políticas. De ahí su interés microsociológico.

La débil comercialización de la agricultura del río Verde es una de las razones más poderosas para defender el cultivo de la caña, el único en aportar numerario circulante en proporción razonable a la economía comarcal. La rentabilidad de la caña, plantada en pequeñas parcelas, compartiendo el terreno con tomates, habichuelas y otras hortalizas, dependía de la mínima inversión de trabajo humano en relación con otros cultivos, y de la compra de la caña por las fábricas locales, quienes enviaban las cuadrillas de zafra. Justo lo contrario de lo que pensaba Mignon, que concebía estas tierras como devoradoras de trabajo humano. La debilidad económica de las pequeñas fábricas, consagradas sobre todo a la fabricación de miel, comercializada lenta y trabajosamente, y las oscilaciones del precio del azúcar a tenor de las políticas nacionales y las coyunturas internacionales, hacían incierto y aplazado el cobro del numerario por parte de los agricultores; por eso, según nos confesaron muchos de los encuestados, seguían sembrando otros frutos adjuntos a la caña, "para ir apañándose mientras pagaban".

Habría que añadir que no todos los agricultores del Río Verde eran propietarios directos; muchos de ellos en las vegas de Jete, y sobre todo de Almuñécar, eran aparceros total o parcialmente. Eso suponía que en el arriendo de la parcela, realizado normalmente a grandes propietarios como los Larios o los Márquez, se incluía una cláusula que obligaba al agricultor a sembrar caña en una buena parte de la superficie arrendada. El efecto en última instancia era el mismo que en Otívar, donde se nos negó esa forma de aparcería: policultivo en manos de arrendatarios o pequeños propietarios.

La débil comercialización de la agricultura del Río Verde fue relatada por un anciano nacido al filo del siglo, el cual ofició de arriero por todo el valle: “Cuando iba a Granada llevaba uvas, chirimoyos, pescada de Almuñécar. A la vuelta traía sobre todo patatas y harina. Los chirimoyos costaba mucho introducirlos, en Granada a lo mejor con dos mil kilos para toda la temporada ya tenía bastante. En algunos pueblos se creían que eran piñas verdes. La mejor plaza para vender siempre fue Málaga; un pariente mío quiso poner el chirimoyo en Madrid, y no vendió ni uno. Además, pagaban unos impuestos muy altos, y normalmente teníamos que meterlos de contrabando”. El resto de la producción, a excepción de la caña, quedaba circunscrita prácticamente al autoconsumo. Un informe de 1942 del alcalde de Jete da cuenta de esa debilidad comercial; dice: “En este pueblo no existen ferias ni mercados ni centros de contratación, pues sus productos son transportados a Granada, frutas y hortalizas, tubérculos y otros, donde se consumen. Productos objetos de canje no existen, ni de importación, y sólo de exportación existe la almendra”⁴.

Efectivamente, el cultivo del chirimoyo durante mucho tiempo no resultó apreciado ni rentable. Suele relatarse que fueron los emigrantes que marcharon a Argentina en la segunda década del siglo quienes trajeron las semillas, aunque inicialmente no se le prestó mucha atención al fruto. Hasta tal punto que en Otívar los chirimoyos que crecían eran considerados “locos”, por la falta de atención que le prestaban los agricultores. Hubo algunos intentos tempranos por aumentar la producción del chirimoyo, como aquel que nos relata nuestro anciano otivareño: “Recuerdo que sería el año veinte, cuando vino un suizo al pueblo, y el alcalde reunió en la plaza al cabildo y a los agricultores. El suizo nos dijo que ésta era una tierra muy buena para la chirimoya. Nos reímos mucho de que llamara al chirimoyo, la chirimoya”. En las tarifas de arbitrios de inicios de los años cuarenta se observa la presencia de la chirimoya entre los frutos gravados, distinguiéndose la venta entre vecinos, al por mayor y al por menor⁵.

Podemos considerar, por los testimonios recogidos, que el chirimoyo fue un fruto marginal en la producción de Río Verde, hasta que los hábitos alimenticios y la comercialización lo hicieron despegar en los años sesenta, en detrimento fundamentalmente de la caña, pero también de los cultivos de subsistencia a ella asociados. Recordemos que muchos cultivos procedentes de América sufrieron en épocas pretéritas parecidas resistencias a su introduc-

⁴ Archivo Municipal de Jete. Legajo 13.

⁵ A.M.A. Legajo 1.941.

ción alimentaria en el área mediterránea, como ocurriera con el tomate y el pimiento. Reflexionando sobre estas resistencias culturales la antropóloga Dominique Fournier ha podido concluir que “el cultivo del tomate y del pimiento era, por lo tanto, conveniente para el ecosistema mediterráneo, lo que contribuyó a su propagación. Pero, sobre todo, pusieron vida, color, olor, adaptabilidad climática, y novedad, en un sistema alimenticio que, según Braudel, vivía su decadencia” (Fournier, 1993:104). Esta jugosa reflexión nos trae a colación que la extensión comercial del chirimoyo estuvo muy ligada, en los momentos en que se inicia la inflexión de la caña hacia su decadencia, a la promoción de la imagen “tropical” de Almuñécar por motivos eminentemente turísticos.

La formación de la imagen turística y tropical de río Verde comienza a gestarse muy temprano. En 1935 fue utilizada como reclamo para construir la carretera que uniría Almuñécar con Granada, atravesando todo el valle, dejándose claro igualmente en aquel reclamo, que sólo la construcción de tal vía de comunicación podía promocionar la agricultura de la zona. Vale la pena reproducir parte de aquella reflexión por su polivalencia para nuestro análisis: “Como primera fase —se lee en el informe municipal— la comunicación de estos pueblos, representaría una verdadera riqueza, en el orden agrícola e industrial, que hoy no puede explotarse como debiera, por resultar costosísimo por anticuado el transporte a lomos de caballería. Como segunda fase del asunto es de fijar la atención en la topografía del término en donde por su característica especial se da la variación de clima considerablemente notable; en este se produce el cultivo y frutos propios de países tropicales, y que goza al mismo tiempo de una abundante población forestal (...) constituyendo todo un conjunto de bellezas naturales en donde es de suponer que con vías de comunicación, sería fomentado el turismo de manera extraordinaria”⁶. La expresión “tropical”, y la apertura de una vía que ayude a la comercialización de los frutos del valle en dirección sobre todo a la capital provincial, aparecen, por tanto, unidos en una relación causal directa.

Las explicaciones sobre la desaparición de la caña de azúcar suelen ser diversas. Dijimos que el geógrafo Mignon, tras un sentido del espacio productivista, la achaca a la falta de rentabilidad de las pequeñas explotaciones. Fue, hasta hace poco, la explicación científica más aceptada. Los locales ofrecen otras explicaciones. En ocasiones señalan al abandono de las fábricas; en otros momentos el razonamiento lo hacen a la inversa: “Ha desaparecido porque el agricultor ha dejado de cultivarla, y las fábricas han venido a cerrar”. Nuevas explicaciones: “El azúcar de remolacha es más rentable, yo he trabajado en Sevilla en una fábrica de remolacha y se lo digo”, nos señala un otivareño. Una tercera teoría: “Se tardaba mucho en cobrar la caña, y si el agricultor fue comprobando que al llevar el fruto de la chirimoya a una “corría” cobraba de inmediato, pues abandonó la caña”. La última explicación que hemos recogido, achaca el fin de la caña a la falta de agua: “La caña necesita agua, y aquí ya ve

⁶ Archivo Municipal de Otívar. Libro de Actas municipales. Año 1935. Sesión de 27 de agosto.

usted ha ido disminuyendo. Yo creo que eso ha eliminado la cañaduz". Esta última teoría, sin mayores precisiones, no alcanza gran aceptación entre los campesinos, que suelen inclinarse en diferentes medidas por las tres primeras. En todo caso, las diversas versiones cognitivas de la desaparición de la caña indican la complejidad instrumental de su interpretación.

Por principio, el azúcar y las fábricas, en proceso de concentración financiera desde principios de siglo, han estado sometidos grandemente a la coyuntura económica internacional. Precisamente, la creación de la S.G.A.E. casi coincide en el tiempo con la Conferencia de Bruselas de 1903, en la cual la competencia entre el azúcar de remolacha y el de caña se estabilizan al 50% durante algún tiempo. Efímeramente la guerra del 14/18 devolverá a la caña ese papel preponderante en la producción azucarera, que no recobrará más adelante. El triunfo casi completo de la remolacha en el cómputo del total mundial se acelera (Charny, 1950:31 ss.), con las repercusiones subsiguientes en la producción española, y granadina en particular. La crisis del mercado del azúcar de caña débilmente industrializado es un hecho constatable, en una coyuntura internacional desfavorable. Regionalmente esto se verifica con el aumento de la producción remolachera de la Vega de Granada.

En cualquier caso, la resistencia a la desaparición del cultivo tiene por principal fundamento la inexistencia de otro alternativo, que ocupase el rol mercantil de la caña, hasta entonces casi único productor de numerario circulante. Pero, existen igualmente causas particulares que para la justa comprensión de un sistema de agrocultivo duradero durante siglos, como la caña, deben ser tenidas en cuenta. En Otívar, y también en Jete, se nos celebró la calidad de la caña del primer pueblo. Se dice que las cañas de Otívar siendo más pequeñas y de menor peso que las del fondo del valle, sin embargo eran de mayor calidad, "con más grados". La diferenciación entre cañas de mejor y peor calidad la encontramos por ejemplo en el Catastro de Ensenada, donde suele leerse del término de Almuñécar: "Otra pieza de regadío por azequia principal (...) con Catorze marjales plantados de cañas, siete de buena calidad, quatro de mediana, y tres de inferior". Estas diferencias no aparecen cara al industrial en época moderna, según testimonios orales. "La caña de Otívar era la mejor, pero como era más pequeña pesaba menos, y al llevarla a la fábrica te daban igual que si fuera mala". Ello provocó que en las laderas ("laeras" o "pechos") de Otívar se abandonase pronto el cultivo de la caña sustituyéndolo por la naranja, el níspero o el tomate, y finalmente por el chirimoyo. La falta de agua mediado el valle de Río Verde es aducida por algunos vecinos de Jete, para explicar la desaparición de la caña: "Las cañas al recibir menos agua comenzaron a crecer más pequeñas, y pesaban poco. Como la calidad daba igual, y el peso disminuía, se dejaron de cultivar". Las explicaciones de los agricultores almuñequeros son también singulares: "Aquí para que fuera rentable la caña necesitabas lo menos mil marjales, y en realidad la tierra estaba mucho más repartida. Luego ocurre que muchos no eran agricultores-agricultores, sino que tenían otros intereses en el comercio o en el funcionario, o en el turismo, y no tenían ni tienen todo el interés necesario por la tierra".

Por las razones antedichas, sean de orden estructural —minifundismo o multifundismo—, del comercio internacional —enfrentamiento remolacha/caña—, o de la desaparición de los ingenios y fábricas, el azúcar se extinguió de forma masiva del río Verde hace unos treinta años. Los agricultores de los tres pueblos nos señalaron, que la sustitución de un cultivo por otro, de la caña por los subtropicales, fue progresivo: “No crea que esto fue de un día para otro. Uno veía al vecino que plantaba árboles, y si le iba bien, a lo mejor al año siguiente ponía él también. La caña tenía además la desventaja de que cada tres o cuatro años había que arrancarla para que fructificara bien, y el chirimoyo la ventaja de que sus frutos al caer al suelo se convertían de momento en semillas”. En todas las conversaciones se observa una ausencia de nostalgia por la desaparición de la caña; algunos incluso, muestran cierta aprehensión a su vuelta. Aquel cultivo alternativo con que soñaran los hombres de los años treinta en la crisis contemporánea seguramente más importante de la caña hasta la actual, se encontraría tres décadas después, tras la modificación de los gustos alimentarios, que desencadenaron la extensión del chirimoyo y posteriormente del aguacate, la plena comercialización de éstos, la subsiguiente circulación de numerario y la desaparición del par agricultura de subsistencia/caña de azúcar. “Algunos tienen hoy un poco para su gasto, porque a lo mejor tienen niños y les gusta la cañaduz”: ésa es la única concesión a la nostalgia.

Por los escasos documentos que poseemos, hemos llegado a conocer la gran modificación operada en el período que media entre 1940, en que el chirimoyo no tiene repercusión económica en la zona, y que sobrevive en estado “loco” o consagrado al autoconsumo y a un tímido comercio local, y 1953, en cuya temporada sólo en Jete se siembran cerca de los trescientos cuarenta marjales, con una producción de 69.700 kilogramos⁷, en plantaciones generalmente localizadas en la vega o en el pie de monte irrigado. El chirimoyo ha ido lentamente desplazando a la caña entre los cultivos de vega. Ahora bien una sustitución que no ha traído consigo la modificación inicial del tamaño de las propiedades, ni la de las características tradicionales de la agricultura del valle.

El profesor Juan Luis Castellanos, en base a un informe de la Sociedad Económica de Almuñécar, aseguraba con respecto a las crisis azucareras del siglo XVIII, que “por ahora sólo estamos en condiciones de decir (...) que no se puede achacar a los tributos la crisis productiva del azúcar, pues ésta se hizo más grave a partir del momento en que la presión tributaria fue inferior” (Castellanos, 1993:239). Lejos del economicismo, tampoco en el siglo xx la única causa del fin de la caña ha sido el cierre de las fábricas por la coyuntura nacional e internacional del azúcar y por la concentración de capital y medios productivos; existen causas particulares, que facilitan o provocan resistencias a esas leyes históricas, aparentemente ineluctables, como acabamos de ver. En general esas leyes históricas inexorables son contradichas por la preeminencia dentro de los sistemas campesinos de la agricultura de subsistencia, considerada como un complejo práctico de adecuación cognitiva y económica al medio.

⁷ Cálculos propios en base a documentos dispersos del Archivo Municipal de Jete.

Víctor M. Toledo, Miguel Altieri y otros agroecólogos lo han visto así: “La esfera de intercambio de la producción campesina permanece subordinada al objetivo de autosuficiencia, y esta economía de subsistencia depende fundamentalmente de la explotación de recursos naturales. En resumen, a pesar de que el campesino lleva a cabo intercambios, el mantenimiento y reproducción del productor y su familia está basado más en los productos obtenidos de la Naturaleza que en productos obtenidos de los mercados. En última instancia, la producción campesina es una economía de subsistencia” (Toledo, 1993:208). Esa es la naciente esfera científica frente al productivismo, por el que se guió entre otros Mignon.

II. TRANSFORMACIONES Y PERMANENCIAS DE HERRAMIENTAS DE CULTIVO EN UNA VEGA INTERIOR. RAZÓN OBJETUAL⁸

II.1. Cuando a Lévi-Strauss le preguntó Didier Eribon por aquel gran prehistoriador, etnólogo y tecnólogo que fue André Leroi-Gourhan, el entrevistador halló el silencio, y un reconocimiento: estaba cerca de la manera de ver las cosas de Leroi-Gourhan, pero no se hablaron (Eribon, 1990). Creo que el gran reto reside aún en combinar mitología y tecnología por medio de la ritología. Se trata de hallar la lógica del sistema de los objetos. A ello han consagrado escasas pero luminosas páginas desde G. Kubler hasta J. Baudrillard (G. Alcantud, 1993). Normalmente, escribió Leroi-Gourhan, existen *tendencias* en las técnicas materiales, “que tienen un carácter inevitable, previsible, rectilíneo; empuja al sílex que se tiene en la mano a adquirir un mango, y al bulto arrastrado sobre dos palos a dotarse de ruedas”. Estas tendencias han convertido a la historia de las técnicas en un devenir temporal y lógico lineal con saltos cuantitativos —hechos— derivados de los préstamos. “El *hecho* —y esto es lo que más interesa a nuestro discurso—, al contrario que la tendencia, es imprevisible y particular. Es en igual medida el encuentro de la tendencia con mil coincidencias del medio, es decir, la invención y el préstamo puro y simple de un pueblo a otro” (Leroi-Gourhan, 1988:25).

La lógica de las sociedades contemporáneas conduciría linealmente en teoría en la primera dirección. El salto de la Edad de la Herramienta a la Edad de la Máquina parece haber abolido las diferencias en el sector de las herramientas, tras una tendencia universal a la mismidad que es no sólo imaginaria sino también tecnológica. Es la premisa lógica, más aún cuando la tecnología parece ir por delante de las ideas. El par función/estilo había sido interpretado en la mirada evolucionista de la tecnología (el “viejo estándar”) como producto de la doctrina de la necesidad. El privilegio de lo “escrito” sobre la “objetualidad” apoyó esa mirada. Hoy, sin embargo, se ha de contemplar el objeto en su estructura (Pfaffenberger, 1992: 502-506).

⁸ El estudio sobre el terreno correspondiente a este apartado se realizó bajo el patrocinio del Excmo. Ayuntamiento de Santafé y de la Universidad de Granada.

Sin embargo, mientras que en el terreno de las ideas existen numerosos estudios de esa guisa, en el de la vida material los encontramos con la poca o ninguna importancia que los antropólogos otorgamos al mundo de los objetos, circunscritos la mayor parte de la veces al universo folclórico o arqueológico de las tipologías.

La importancia de la tecnología en el mundo agrario nos viene dada además desde su contribución a la acumulación de capital: “La agricultura — se ha escrito, y es juicio ampliamente aceptado— aparece como un sector que favorece la acumulación de los demás sectores. La razón estriba en que las ganancias de productividad que tienen lugar en el sector, a consecuencia de la adopción de innovaciones tecnológicas, se transfieren fuera del mismo vía precios” (Regidor, 1987:8). Nos hallamos en teoría, pues, frente a dos tendencias contrapuestas, a raíz de la Primera Revolución Industrial: la que conduce a la rentabilización agraria, que lleva implícita el triunfo del maquinismo; y la tipológica, que aun operando en niveles microsociológicos, conduce a la conservación y resistencia al maquinismo, mediante la adecuación ergonómica herramienta/hombre, en busca de una rentabilización de la producción no tanto en términos macroeconómicos como microeconómicos. Dos movimientos contrapuestos y complementarios a la vez, que raramente han sido puestos en contacto.

II.2. La primera mirada agronómica sobre Santafé, en el corazón fértil de la vega de Granada⁹, nos ofrece una diversidad de cultivos notable, tanto de aquellos orientados hacia el mercado industrial —lino y cañamo en épocas históricas; remolacha hasta hace muy poco; chopo y tabaco, aún hoy día—, como de los orientados hacia el mercado local y provincial de consumo agrícola —hortalizas, verduras, patatas, ajos, principalmente; hoy los frutales—. Siempre el cereal. Aunque como señalan los labradores “es una crimen dedicar estas tierras al cereal”.

La desaparición de algunos de estos cultivos, como el lino y el cañamo, trajeron consigo atrofias tecnológicas; así por ejemplo el *banco de desgranar lino* ha desaparecido absolutamente. Los últimos testimonios etnográficos del cultivo del lino nos vienen de la gente de edad: “Se decía que lo mejor era ir a ver el lino por la mañana y a la novia por la tarde. Por la mañana el lino estaba hecho un primor con sus flores blanco-azuladas, y a la tarde mustio; a las mujeres les pasa al revés. El lino y el cañamo desaparecieron por la presencia de los tejidos sintéticos, y también porque tienen mucho trabajo. El lino se recogía a mano como el esparto; primero se hacían *manos*, luego se hacían *manás*, y con las *manás mañas*. Las *mañas* de entre dos kilos y dos kilos y medio de peso se *cajaban* en grupos de doce para hacer *haces*. Se llevaban a la alberca donde,

⁹ Santafé es un municipio de la Vega de Granada, de la que constituye su centro comarcal. Fundada por los Reyes Católicos como base para el asalto final a la Granada nazarí, siempre gozó de una rica agricultura de regadío. En el último tercio del siglo XIX la nueva industria remolachera produciría su despegue económico y demográfico.

tanto el lino como el cáñamo, se cocían durante 18 o 20 días, cuidando también de que no se pasasen. Luego se extendían como si fuesen abanicos para que se secaran; a eso se le llamaba *bailar* el cáñamo. Cuando estaba seco se volvían a hacer mañas, y finalmente se *majaban*. Esto se hacía en unos bancos con una hendidura en el centro. Al lino se le daba con una especie de raqueta de tenis que llamabamos *espadones*, por eso se le llama *espajarlo*". Para recoger el cáñamo, que no se hacía a mano como el lino, se empleaba una hoz menos curva que las empleadas actualmente para el trigo, el tabaco y el desbroce de acequias. Hoy resulta prácticamente imposible encontrar no sólo un banco de desgranar lino sino un simple espadón, y seguramente tampoco una hoz para el cáñamo.

La riqueza instrumental tradicional queda manifiesta en las diferentes tipos de hoces, escardillos, azadas, amocafres, etc., especializados en tareas y cultivos diferentes. El principio de la diversidad instrumental presidía la tecnología. Así por ejemplo, entre las hoces se distinguen las de *filo*, para modular y limpiar, y la más conocida para *segar*; los amocafres pueden ser de *colapato*, con la boca ancha, utilizados en el cultivo de las habas, y *de punta*, que sirven para hacer arroyos; el *bieldo* se emplearía para limpiar las cuadras; las *manecillas* con siete dientes se emplearían para el rastrojo. La azada tendría por función escarbar; el *azadón de peto* sería empleado para arrancar los olivos. Desde el punto de vista lexicográfico cada instrumento tiene sus partes singularizadas mediante nombres particulares: La junta de la azada y el palo, *el castillo*; la punta del amocafre y de la azada, *el gavilán*, etc. El método "palabras y cosas" empleado por los dialectólogos ha dado buenos resultados en este terreno, si bien sólo desde el punto de mira lingüístico, y ocasionalmente tipológico. La lógica sigue ausente de las tipologías formales o léxicas.

Ciertos cultivos de gran tradición, como el chopo, siguen estando presentes en la vega santafesina. No han desaparecido como otros cultivos industriales —lino y cáñamo—, ligados a los usos marítimos de la costa andaluza y atlántica. Sin embargo, se ha operado una mutación respecto al tipo de árbol: ha desaparecido el clásico álamo negro del pasado, de lento crecimiento —unos veinte años de promedio—, que exigía hachas bien templadas para cortarlos y hoces para la limpia de ramas. Desaparecidos los "negrillos", como suelen ser llamados popularmente, fueron sustituidos por los "sabucos", que son chopos de rápido crecimiento —entre cinco y siete años— y de madera blanda. Los primeros eran empleados en la construcción de barcos, y posteriormente en la de edificios como vigas y en el mobiliario, y los segundos, en la fabricación de embalajes y en la de pasta de papel. Las herramientas empleadas en la fase intermedia entre la tradicional de los "negrillos" y la actual de la mecanización, que emplea genéricamente la sierra eléctrica con preferencia a cualquier otro instrumento, está la del "sabuco", desbrozado con hoces y hachas de herrero con un toque específico. La técnica de la poda permitía el crecimiento enderezado del chopo. Las hoces *de filo* eran menos curvadas que las estandarizadas y se ataban a un largo palo; sobre todo tenían que ser menos pesadas que las usuales ya que el palo aumentaba considerablemente su peso. El hacha para desbrozar de la corteza y también de las ramas presentaba una de sus caras en

ángulo de 90°. Aquí no se ha producido un abandono de cultivo, pero sí una transformación del mismo y un cambio microtecnológico.

La aparición de otros cultivos como el tabaco y la remolacha a partir de la segunda mitad del siglo XIX permitieron introducir nuevas herramientas y nueva tecnología en la vega granadina. En especial la remolacha y su procesamiento en la propia vega produjeron la aparición de industrias de transformación y la puesta en relación del labrador con la idea de progreso técnico e industrial. El empleo universal de cosechadoras, trilladoras, etc., no incidió, sin embargo, sobre estos nuevos productos. El tabaco para ser sembrado tenía que serlo a mano, haciendo los agujeros para su cultivo con un dedo. Con la remolacha ocurría lo mismo: para recolectarla había que romper los terrones con un mazo, o recogerla con un pico de dos punzones. El tabaco precisaba ser cosechado rompiendo igualmente las porras con una herramienta llamada *espuertecilla*. Otro cultivo que alcanzó notoriedad en los años setenta, cuando la remolacha comenzó a decaer, fue el ajo, que también necesitaba ser sembrado a mano; el algodón, que dependiendo de los tamaños de las propiedades, hubiera podido ser mecanizado; sin embargo, no tuvo éxito por lo extremo del clima. Por consiguiente, la mecanización de la vega no fue todo lo espectacular que la cercanía de las industrias, y del sentido del progreso que ellas simbolizaban, harían suponer en primera instancia. Lógicamente otras rémoras se añadieron a las de los propios cultivos: el tamaño medio de las propiedades, el multifundismo, y la compleja red de regadíos (G. Alcantud, 1995; Martínez López, 1994). La relación entre el campesino y la tierra siguió pasando por la mediación de las herramientas, y éstas conservaron la medida humana.

II.3. El utillaje agrícola hasta la aparición de la fabricación industrial de los útiles tuvo su centro de construcción, invención y venta en las herrerías. En Santafé en la matrícula industrial de 1848 sólo figura un herrero, además de una única carpintería que en buena lógica serviría de complemento a la herrería. Supuesta la existencia real de uno o dos herreros, a ellos habrían de remitirse todos los labradores y jornaleros que quisiesen proveerse de herramientas, sin necesidad de viajar hasta Granada.

El control en el acceso a la profesión tenía un carácter gremial, lo que explica la poca relevancia numérica de los herreros. Así cuando en 1782, un *oficial del arte de la herrería santafesino decide solicitar al Cabildo la autorización para instalarse por cuenta propia, adjunta el informe favorable de su antiguo maestro, en los siguientes términos: "Certifico (...) que Joseph Fernández de Solar ha estado en mi casa trabajando en dicha facultad[albeitería y herrería] a tiempo de un año y que está hábil y suficiente en ella (...), y a efecto de buscar mayor fortuna por no poder mantener a su familia con el jornal que le daba pasa a otras partes donde le convenga"*¹⁰. La profesión de herrero ha sido siempre minoritaria, y en relación con ese carácter restringido el proceso de creación e invención de las herramientas ha estado plenamente contro-

¹⁰ Archivo Municipal de Santafé. Leg. 674, pieza 87.

lado por muy pocas personas. Aún hoy día en Santafé sólo puede hablarse de la existencia de dos herreros en ejercicio: uno payo, Paco (a) Ahumahierros, y otro gitano, el “Caninas”. El control de estos últimos sobre la producción de instrumentos es no obstante ya muy limitada, por la irrupción de las herramientas standard de fabricación industrial. No ocurrió así en épocas históricas pretéritas, en las que conocemos por una amplia literatura antropológica que el herrero ocupó un rol central en la vida de los pueblos por el control tecnológico que su arte conllevaba.

De los tres herreros actuales de Santafé, uno está jubilado. Es gitano y padre de otros herreros en activo. Su fama profesional es notable, sobre todo entre los jornaleros. Éstos celebran su arte como el mejor en grado superlativo. “Gabriel —dice un jornalero— es un hombre honrao y hacía las mejores herramientas que usted pueda imaginar. Vivía en una choza al lado de una finca mía en Belicena. Usted le hace una prueba a un amocafre de la “Bello-ta” [la marca estándar más afamada] y verá que se mella a la primera. Pero él los hacía dale que te pego en el “yunco”; los enfriaba en la acequia que pasaba al lao; aquello sí que era acero”. Además, Gabriel, como todos los herreros, intervenía en el proceso de conservación de las herramientas, remendándolas una vez se hubiesen deteriorado por el paso del tiempo: en particular les hacía una boca nueva, cortando el trozo gastado de la herramienta y añadiéndole otro.

Gabriel Muñoz Maya, que se llama el patriarca, se enorgullece de su oficio y buen hacer, siendo plenamente consciente del aprecio que genera entre sus antiguos clientes. Su orgullo son los 87 años cumplidos, los diez hijos, sesenta nietos y la herrería. La profesión, asegura, le viene de muy antiguo en su familia, y en la actualidad la ejercen dos de sus hijos, uno de ellos en Belicena. “Mis herramientas eran de todas clases —asevera—; lo hacía todo. Le ponía mucho *talento*: me fijaba en una herramienta de fábrica que me traían y la hacía igual; bueno mejor, porque estudiaba si pesaba mucho o poco para mejorarla. También inventé algunas cosas. Por ejemplo, entonces el tabaco se cortaba, y yo me di cuenta de que era mejor romper la porra del tabaco, y saqué *espuertecillas* para romperlas”. El orgullo lo hace extensivo a su condición de herrero militar con graduación —teniente—; nivel alcanzado por su participación como herrero en las fuerzas de orden público de la II República. “El carnet de teniente me lo dieron por mi talento”. Palabra que repite con frecuencia. Otros labradores celebran a determinados herreros de la vega de Granada por su capacidad de inventar modelos de rotabastos, etc.

Los partidarios del progreso tecnológico del siglo XVIII pensaron en la necesidad de recoger el máximo de información sobre las diversas profesiones, para difundirlas mediante la lectura, sustituir el aprendizaje gremial tradicional. En estos manuales se explicaba todo lo conocido respecto a la metalurgia, siguiendo a los conocimientos teóricos las apreciaciones útiles: “Se deduce entonces —se lee en un manual francés de 1774— de lo que acaba de ser dicho, que el color de la fuente, su dureza y su fragilidad, no dependen más que del grado de fusión a que es sometido, y de su enfriamiento más o menos pronto” (Jars, 1774:19). Un siglo después en pleno optimismo industrialista, la

mayor parte de los manuales sobre tecnología agraria e industrial se expresaban en similares términos, incluso más contundentes: “Los adelantos en la industria dando cada vez mayor impulso a los descubrimientos humanos, llevan consigo un perfeccionamiento general en todas las artes mecánicas, que dejando de seguirse por procedimientos puramente empíricos, transmitidos y aprendidos por la imitación y el ejemplo, necesitan reglas coleccionadas, casi leyes, en virtud de las cuales, y sin más que un corto aprendizaje para familiarizarse con el uso de los instrumentos, que no se enseña en los libros, se pueda llegar a la perfección, sin ser indispensable, como en tiempos anteriores, un estudio práctico, largo y penoso, al cabo del cual se encuentra el obrero en disposición solamente de verificar los trabajos que ha visto hacer, pero estando obligado a sufrir otro nuevo aprendizaje, si se quiere dedicar a trabajos del mismo oficio” (González Martí, 1881). De este sistema, extendido pedagógicamente, se esperaba obtener mejores herramientas, liberadas del conservadurismo tecnológico del artesano, y nuevas invenciones, al descargar al individuo de costosos aprendizajes.

La alta consideración tecnológica que la herrería entre todas las profesiones artesanales poseyó en tiempos anteriores, no se correspondía, como es bien conocido, con un alto estatus social; muy al contrario, su ejercicio conllevaba liminalidad, aun estando en el centro de la producción y reproducción social. La honorabilidad profesional la confiere asimismo el trabajo del hierro, del acero; y el momento justo de su elaboración: “El temple del acero es el todo —reflexiona Gabriel—. Tiene su punto justo. Si no llegas la herramienta se romperá, si te pasas no podrás hacerle el filo bien y la herramienta no será buena tampoco. Será cuando el acero esté temblando el momento de golpearlo en el yunque”. El momento creador del herrero, tan similar al de la alquimia, ennoblece su profesión. No así otras tareas subalternas que el herrero realiza para subsistir, las cuales procura negar. Entre éstas sobresale la *calderería*. Gabriel la ejerció, pero no le agrada que se lo recuerden; sin embargo, al nieto de pocos años que pululaba en nuestro alrededor le parecía lo más importante: “Mi abuelo hacía bañiles [badiles] para las mujeres, y adornos chicos de cobre, juguetillos también”. De la herramienta “noble” a los instrumentillos feminizados, normalmente de cobre, y a los cacharros de la necesidad: “Yo hice también muchas sartenes, y cuando hubo que cortar la chapa de los coches, unas tijeras para cortarla”.

Y continúa Gabriel con dignidad y orgullo profesional: “Yo poco he salido a vender; venían a mi taller, siempre tenía mucho trabajo. Me acostaba en ocasiones muy tarde trabajando. Es un trabajo entregado, pero a mí siempre me gustó. Pensaba mucho en inventar cosas nuevas”. La herrería no aparece, pues, tan estática como se nos quiso hacer ver en la época del mayor optimismo histórico productivista. El herrero reproduce una tipología standard, pero a la vez está en diálogo con las necesidades funcionales de los cultivos. En el caso de Gabriel, él mismo subraya que su valor estaba en el “talento”, y que el talento se traducía en inventiva, en las posibilidades de eludir el standard, logrando una optimización de las fuerzas humanas aplicadas a la rentabilización agrícola.

II.4. Mas la rentabilización tiene para el herrero no sólo un horizonte productivista. La eficacia y durabilidad de la herramienta las interpreta como rentabilidad. Sus herramientas eran y son más caras que las de fabricación industrial, pero resultan más rentables porque son más eficaces y duraderas. Por ejemplo, las tierras de Santafé, de vega, irrigadas con facilidad, son “blandas” en comparación con las de otras zonas. Las herramientas, por ello deben ser ligeras de peso; el peso de más no añade eficacia, al contrario se la resta. Sin embargo, como nos señaló un ferretero santafesino, las marcas de fábrica en sus modelos estandarizados han adoptado el criterio de elaborar herramientas para tierras duras. El amocafre o la azada de la “Bellota” pesa más que el fabricado por los herreros locales; prefieren los labradores, en justa consecuencia, los instrumentos fabricados en las herrerías. Alguien de forma taxativa nos aseguró que “Ahumahierros” vende todos los amocafres del pueblo.

La *duración* es un criterio todavía más importante si cabe, sobre todo históricamente, antes de que se produjera la “tractorización” del mundo rural. La duración estaba unida al pago que recibía el herrero; sus herramientas eran y son más caras que las estándar: “Hombre —continúa Gabriel—, yo tenía que cobrar más por las herramientas de tienda, porque tenía más trabajo. Lo que ocurre es que me las iban pagando poco a poco. Los herreros de la vega nos conocíamos todos; nos veíamos de vez en cuando, en algún bar, y tomábamos unas copas juntos. Aunque no fijábamos unos precios iguales, estábamos enterados de lo que cobraban los otros. La calidad de cada herrero es muy importante”. La calidad la otorgaba el temple, la adecuación del instrumento para su uso, y las reparaciones por desgaste. Cada elemento tiene su punto de calidad; el temple: “Cuando un amocafre da chispas al golpear la tierra es que no es bueno”. De las azadas: “Lo más importante es el “castillo” [nervio central de la azada que la une con la junta del palo], que es donde se hace la fuerza. Si no está bien hecho el castillo, al hacer palanca se rompe la azada”. Las “bocas” eran un recurso para prolongar la vida de la herramienta.

La duración y el peso eran los mejores argumentos para recibir una clientela. Gabriel asegura que todos, ricos y pobres, acudían por igual a su taller. Al poco matiza su generalización: “Los mejores clientes eran los jornaleros porque tenían que ir a trabajar y llevar sus herramientas, y si se les rompían quedaban parados, y los patronos o capataces les decían que no volvieran al día siguiente. Por eso procuraban llevar una buena herramienta”.

Los jornaleros antiguos en la misma dirección celebran las herramientas de herrero: “A lo mejor te costaba un azadón cuarenta duros y tu ganabas doce pesetas al día. La herramientas de Gabriel eran caras, aunque yo creo que a la larga él no ganaba un duro. Les ponía una señal, una doble SS, para que se supiera que las había fabricado él. Pero eran las mejores, sin lugar a dudas. Con una herramienta de Gabriel podías partir una igual de la Bellota, palabra”. A cambio tenían la ventaja de poderlas obtener a crédito.

II.5. “Con las herramientas hay que tener cuidado; hay que saber manejarlas; si no, te hieres. La “joz” [hoz] del tabaco, por ejemplo, es una hoz con la que te puedes afeitar; si la manejas mal, pues...” El conocimiento técnico del

manejo de los instrumentos más elementales de labranza lleva consigo su adecuación al trabajador. En primer lugar, por su seguridad; en segundo lugar, por la rentabilidad que el labrador espera obtener de su contratación: “Es muy importante saber de qué mano se es. Se puede ser de izquierda o de derecha, o de las dos. Eso es como quien escribe de una manera o de otra. Bueno, se aprende con las dos, pero hay que tener cierta predisposición, porque, si no, aprender resulta imposible. Para determinados trabajos se ha buscado en la plaza gente del izquierdo y del derecho”. “A mí —tercia un jornalero apodado “El Caballo”— me han dicho en ocasiones: búscate otro de las dos manos. A los de las dos manos se los emplea para las viñas y para levantar arroyos. Las hoces tienen que ser distintas para los que son de la mano izquierda, o los que son de la derecha”. La destreza y la adecuación ergonómica de la herramienta al trabajo, en la que se incluye el peso, he ahí la clave que complementa la rentabilidad, fundada en la duración.

Nos confiesa un dependiente de la ferretería más antigua del pueblo —unos cincuenta años, antes se compraban las herramientas de fábrica en Granada—, que hoy día los labradores buscan sobre todo asesoramiento en la tienda para comprarlas. “Les tenemos que explicar, por ejemplo, que este amocafre no es malo por el hecho de que no suene. Lo que sí suelen exigir es que sea marca “Bellota”. Pero para determinados instrumentos, como la bineta, el escardillo y algún otro, siguen prefiriendo los fabricados por los herreros de aquí, por su menor peso. Otros instrumentos, como son las azadas anchas, no las fabrica “Bellota”; tampoco se hacen ya las herramientas de arrancar las malas hierbas, porque con los herbicidas ese problema ya no existe. Y es que el campesino no puede pagar tantos jornales, y tiene que ahorrar en mano de obra”. Lo que por contra solía ocurrir es que instrumentos con ciertas dificultades para su fabricación técnica por los herreros, como las hoces con dientes, fuesen adquiridas incluso en el pasado en las ferreterías de Granada.

Además, observa el ferretero: “Los que compran herramientas son la gente mayor; jóvenes se ven muy pocos. Creo yo que eso es debido a que los jóvenes se dedican más a los tractores, o simplemente no van al campo”. Todos los informantes repiten insistentemente el consabido argumento de que al campo no quiere ir a trabajar nadie, que los jornales no son muy altos, y que la gente prefiere cobrar el paro. No obstante, a tenor de la actual recesión económica, se nos asegura que “ahora comienza a verse alguna gente joven trabajando en el campo”. Esta desertión juvenil de las tareas agrícolas, y en particular de la tecnología tradicional, si siguiera una progresión aritmética llevaría a la obsolescencia de los útiles tradicionales y a su desaparición. Cosa nada probable, si hemos de tener en consideración el *feedback* entre cultivos, campesinos y técnicas.

La conservación de instrumentos tradicionales se halla favorecida por el carácter conservador de los labradores santafesinos. Luis Morell, un ingeniero agrícola de principios de siglo que promocionó la modernización técnica en el horizonte del progreso de la Vega granadina, planteó que ese carácter conservador era una rémora para introducir cambios. La conservación de las técnicas tradicionales les lleva a mantenerse alerta, a la vez que escépticos, frente a los nuevos cultivos: “Mire, ahora hay unos en Belicena que están metiendo un tipo

de ciruela blanca que dicen que se da bien aquí. Pero yo qué sé...” Es la respuesta frente a las innovaciones en los cultivos. En otras ocasiones la queja tiene relación con la introducción de cultivos ultramarinos; confesaba con cierta pesadumbre un labrador: “Me fui a Brasil y luego a Argentina. Allí había unas cebollas más pequeñas que las de aquí, pero que duraban un año sin pudrirse a pesar de la calor. Si las hubiéramos traído a la vega nos hubiéramos hecho ricos”. El desdén por las innovaciones quedó manifiesto en la interrupción de otro labrador: “Yo sí traje una bolsa, se la di a mi cuñado y no sé qué hizo con ellas...”

La pérdida de los conocimientos técnicos es una pérdida práctica, derivada de la temprana escolarización juvenil, y de los nuevos horizontes que ofrece la escuela. El empleo de instrumentos agrícolas era un aprendizaje temprano y progresivo, que identificaba las edades del individuo con el aprendizaje: “Yo fui al campo —afirmaba un labrador— con once años, y mi padre me decía, anda vez delante aunque sea quitando las malas hierbas”. En sí misma la edad llevaba consigo una gradación del tipo de instrumento: según su peso, peligrosidad, conocimiento necesario para manejarlo, y “hombría”. Esta última cualidad está relacionada fundamentalmente con el peso y las dificultades para su manejo: “La azá de pala ancha era para cuando había hombres; hoy nadie es capaz de levantar una azá de esas”. También con la especialización profesional: los regadores.

II.6. Los instrumentos empleados en Santafé, por tanto, pueden ser clasificados idealmente en un eje de coordenadas de cuatro vectores, en el que cada uno agrupa la evolución técnica de los objetos, el grupo social de uso, el factor generacional y la evolución de los cultivos. En definitiva se trata de llevar a efecto la lógica wittgensteiana. Léase: “La configuración de los objetos forma el estado de cosas. En el estado de cosas los objetos están unidos entre sí como los eslabones de una cadena. En el estado de cosas los objetos se comportan unos con otros de un modo y manera determinados. La estructura del estado de cosas es el modo y manera como los objetos se interrelacionan en él. *La forma es la posibilidad de la estructura*” (Wittgenstein, 1987:23). Esta lógica tautológica de Wittgenstein a propósito de los objetos, de la forma y la estructura, abre el camino, en mi opinión, para salir de la comprensión evolutiva de los mismos, para remitirnos al campo más concreto y más abstracto a la vez del diálogo interno de las formas, para comprender las estructuras no en profundidad metafórica, sino en contigüidad metonímica. Así podremos comprender que la tecnología agraria no es un apéndice de la economía rural, sino un constituyente interno pleno de sentido con un diálogo ergonómico, de rendimientos, social, en contigüidad, cual “sistema de los objetos” que diría Baudrillard.

III.

Escribió François Sigaud con el pensamiento en la tecnología agraria: “En efecto, cada agricultura es una combinación original de conceptos operatorios,

de medios y de fines, donde los solos cambios posibles son aquellos que son pertinentes al sistema social existente. No hay jamás adopción pura y simple, mecánica de alguna manera, de elementos extraños. Cada agricultura está condenada a inventarse ella misma su propio progreso” (Sigaud, 1975:107). Si el ejemplo de la evolución instrumental en el medio agrario así lo demuestra, el de la desaparición y aparición de nuevos cultivos lo reafirma. Sobre las resistencias agrarias a las modificaciones tecnológicas, prontamente repararon en ellas geógrafos como Daniel Faucher, quien indicó que “jamais, semble-t-il, la machine ne peut atteindre ici le degré de perfection que recherche le cultivateur attentif. (...) Pour que la machine puisse être adoptée, il faut qu’elle rivalise avec le travail à bras” (Faucher, 1954:65). En cualquier caso nos estamos refiriendo a sistemas agrícolas multifundistas o de montaña, donde la adaptación al medio se complica, si los comparamos con los constituidos por grandes propiedades. En estos últimos la penetración de la técnica y la aparición de la agricultura intensiva industrializada es un hecho comprobado, sujeto a la optimización de la producción campesina.

Cada vez parece más obvio que la proyección teleológica unilineal de fenómenos sociales como la revolución industrial, ha sido una ficción de la cual participaron sobre todo economistas e historiadores, confundiendo el efecto general, acumulativo e inflexivo, desde el punto de vista epistemológico, con la expansión universal de sus efectos (Wrigley, 1994). Las resistencias campesinas a la revolución rusa, por el lado agrícola, pero también por el lado de la transmisión patrimonial, ponen de actualidad que una de las leyes generales de la función social es la adaptación y resistencia campesinas, sometidas al dominio de la economía moral. Th. Shanin señaló el carácter fundamental de “clase incómoda” de ese campesinado, subrayando que sistemáticamente burlaba las tesis al uso; y lo hizo en estos expresivos términos: “Día a día, los campesinos hacen que los economistas se lamenten, que los políticos suden y que los estrategas maldigan, destruyendo planes y profecías en todo el mundo” (Shanin, 1983:274). Las razones humanas y objetuales, todas ellas antropológicas, así lo confirman en la sociedad mediterránea andaluza.

BIBLIOGRAFÍA

- BOLENS, L.: *Les methodes culturales au Moyen-Âge d'après les traites d'agronomie andalous: traditions et techniques*. Genève, Eds. Médecine et Hygiène, 1974.
- CASTELLANOS, J. L.: “*El azúcar de Motril en la coyuntura del siglo XVIII*”. In: AA. VV. *Producción y comercio del azúcar de caña en la época preindustrial*. Granada, Diputación, 1993, pp. 229-243.
- COLUMELA: *Los doce libros de agricultura*. Vol. I. Barcelona, Edic. Iberia, 1959.
- CHARNY, François: *Le sucre*. París, P.U.F, 1950.
- ERIBON, D., y LÉVI-STRAUSS, C.: *De cerca y de lejos*. Madrid, Alianza, 1990.
- FAUCHER, D.: *Le paysan et la machine*. París, Minuit, 1954.

- FOURNIER, D.: "Los alimentos revolucionarios: la llegada al Mediterráneo de los productos del Nuevo Mundo". In: González Turmo, Isabel, y Romero de Solís, Pedro (eds.): *Antropología de la alimentación. Ensayos sobre la dieta mediterránea*. Sevilla, Fundación Machado, 1993, pp. 93-106.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: "Artesanía, objetualidad, diseño". In: G. Alcantud, J. A.: *Agresión y rito y otros ensayos de antropología andaluza*. Granada, Diputación, 1993.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: "Regadíos de horizonte islámico: idealización estética, prácticas sociales y políticas hidráulicas". In: Malpica Cuello, A. (ed.): *El agua en la agricultura de Al-Andalus*. Madrid, Lunweg, 1995.
- GONZÁLEZ MARTÍ, M.: *Manual del vidriero, plomero y hojalatero*. Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, Madrid, 1881.
- HIPPOCRATE: "Des airs, des eaux et des lieux". In: *De l'Art Médical*. París, L.G.F., 1994.
- JARS, M.: *Voyages métallurgiques ou recherches et observations sur les mines et forges fer...* Lyon, 1774.
- LEROI-GOURHAN, A.: *El hombre y la materia. Evolución y técnica, I*. Madrid, Taurus, 1988.
- MALPICA CUELLO, A.: *El cultivo de la caña de azúcar en la costa granadina en época medieval*. Motril, Ayuntamiento, 1988.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, D.: *Estrategias familiares en los procesos de formación de la burguesía agraria altoandaluza*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada, 1994.
- MIGNON, C.: *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. Madrid, Ministerio de Agricultura, 1982.
- PFÄFFENBERGER, B.: "Social Anthropology of Technology". In: *Annual Revue Anthropology*, 1992, 21.
- REGIDOR, J. G.: "Innovación tecnológica en la agricultura y acumulación de capital: un análisis crítico de la revolución verde". In: *Revista de Estudios Agro-Sociales*, núm. 142, octubre-diciembre, 1987.
- SAHLINS, M.: *La economía de la Edad de Piedra*. Madrid, Akal, 1977.
- SHANIN, T.: *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo. Rusia, 1910-1925*. Madrid, Alianza, 1983.
- SIGAUD, F.: "La technologie de l'agriculture. Terrain de rencontre entre agronomes et ethnologues". In: *Études Rurales*, 1975, 59, juil-sept., pp. 103-111.
- TOLEDO, V. M.: "La racionalidad ecológica de la producción campesina". In: Sevilla-Guzmán, Eduardo, y González de Molina, Manuel (eds.): *Ecología, campesinado e historia*. Madrid, La Piqueta, 1993, pp. 197-218.
- THOMPSON, E. T.: *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica, 1995.
- WITTGENSTEIN, Ludwig: *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid, Alianza, 1987.
- WRIGLEY, E. A.: *Cambio, continuidad y azar*. Barcelona, Crítica, 1993.